



El lenguaje poético se caracteriza primordialmente por su especial capacidad evocadora, por el poder mágico de revivir en nosotros percepciones y experiencias emocionales nuevas. "La noche de los profetas" es un libro cuyo motivo lírico está concebido como concretización de un significado conceptual, como arquetipo de la humanidad de nuestro siglo, sublimado por un mensaje espiritual en un perfecto equilibrio sinestésico. Existe la tendencia alegórica de presentarnos las realidades cotidianas, la historia singular de cada pueblo, el dolor, la esclavitud, la muerte, el pan y la esperanza del hombre. En este libro inmediatamente indentificamos la realidad que se nos presenta, la tangibilidad de los problemas porque Fernández Mota ha sabido conjugar diversos elementos en una obra de ágil proceso lírico.

El hombre conceptualizado en esta obra es el hombre ritual de los cuatro puntos cardinales, el hombre que sufre el odio, la guerra, la injusticia. De un modo sintético los tres males que han atacado siempre a la humanidad.

Las frases del poema tienen la capacidad de provocar su propia objetividad, la antustia existencial de las eternas preguntas a las que el hombre sabe responder, pero a las que no sabe actuar. "No está todo perdido/ Un pequeño temblor aletea bajo la tormenta../ El amor pue-

LIBROS

de ser mañana onda verde y sonora/ brotando en la palabra, en la sonrisa, en el beso". Porque la verdad es la solución que propone Fernández Mota, la verdad es la única respuesta y la verdad está en que "Sólo hay que ser hombre./ Desprenderse de viejas piedras y viejos mitos/ Abrazarse al viento y lavarse en la espuma".

En una primera lectura podemos encontrar un sentido pesimista de la vida, pero si adentramos en el mensaje último, "la noche de los profetas" es un canto de esperanza, el clamor de autenticidad, el grito de alerta: "Está tu corazón hecho para el amor, para la paz./ Hombre... ¡Hombre!.../ no bebas solamente de las sombras".

Si algún defecto encontramos se debe a la repetición de unidades idénticas que acaba por cansar y produce sensación de monotonía, pero tal vez como dijo Flaubert "la continuidad es lo que hace el estilo". El libro es de tendencia cíclica, posee características divisorias del drama, de estructura tectónica. La estructuración no abarca solo el leitmotiv, el discurso poético, ese mensaje místico y espiritual de algunos poemas, sino también ese mensaje lírico de la naturaleza, más amplio que vibra y transcurre en un ritmo internamente igual al del estrato sustancial predominante.

Fernández Mota busca con su obra poética su contribución a los grandes y eternos problemas de la existencia, cuya interpretación plástica constituye -como escribió Rudolf Unger- el "núcleo sustancial de toda poesía". En definitiva "La noche de los profetas" se yergue como composición internamente acabada, armoniosa y de plasticidad absoluta.

José TUVILLA

PERALTO Y EL MAR

Francisco Peralto: *Oratorio del mar y de la tarde*. Taller andaluz. Serie B,1. Málaga, 1.979.

Francisco Peralto: *Mar de Oblaré*. Suplemento segundo al número 1 de "Corona del Sur". Málaga, 1.980.

La presencia del mar en un poeta del Sur resulta, si no obligatoria, sí, al menos, de una lógica incuestionable.

En sus dos últimas publicaciones, Francisco Peralto (malagueño) viene a confirmar una vez más esta idea al colocar al mar como centro temático de sus poemas.

"Oratorio..." es un poemario que, escrito en 1.976, obtuvo el premio Salvador Rueda en 1.977, y ha visto la luz editorial dos años más tarde. Es pues, en cuanto a su génesis, un libro situado entre "Elegías del silencio" (Col. El Toro de Barro, 1.975) y "Monte Coronado" (Ed. Angel Caffarena, 1.977), que, como se advierte en la cubierta del libro que nos ocupa, son ciertamente las dos obras fundamentales de su producción hasta el momento.

En "Oratorio..." Peralto se sitúa ante un mar que lo invita a la reflexión, un mar que le trae la nostalgia de un tiempo de más esplendor que aquel en el que el poema surge:

"Se siente la nostalgia del buen tiempo/ del coral y la plata/ exhalación de gotas de colores/ puerto nocturno/ cosmos insondable en el recuerdo".

Y es que la contemplación serena de semiboca en la evocación o en un sueño de anhelo de belleza. Causa prima de tal deseo de evasión hacia el pasado es, sin duda, el ambiente de desolación e impureza que en ese instante rodea al poeta, e incluso ensucia las cercanías del agua, según se desprende de ciertos versos que siguen a los ya citados. Pero en cualquier caso el mar aparece como lugar de salvación, y el Sur (en un acercamiento a una idea muy cernudiana) como paraíso ideal:

"Te estaré esperando/ en el Sur/ junto al mar/ cuando expira el sol".

Pero ni siquiera en este libro está ausente uno de los temas fundamentales en la poesía de Peralto: el hombre. La inquietud social es patente en poemas como "De nuevo la libertad", "En la tapia de los dos bando", o en los tres poemas, de un solo verso cada uno, que con el título "El hombre seguirá" aparecen en distintos lugares del libro.

sigue →

A black and white photograph of a window with a bird flying outside. The window is divided into two panes by a central vertical frame. A bird is captured in flight, its wings spread, against the light coming through the window. The background behind the window is dark, suggesting an interior space.

VENTANA PARA NOVELES

ANDARAX tiene el propósito de abrir sus páginas a los escritores que comienzan. Con ese fin abre esta Ventana a la ilusión y a los sueños de muchos de nuestros lectores. Esperamos una fotografía del autor y vuestras cosas. Por favor, no más de dos folios a doble espacio. Un Jurado integrado por colaboradores de la revista se encargará de seleccionar aquellos relatos o artículos que merezcan ser publicados.

Con ese propósito traemos a esta nueva sección un cuento de JOSE TUVILLA, nacido en Guadix hace 21 años, profesor de E.G.B. y asiduo colaborador de esta revista en sus páginas de crítica literaria y poesía. Durante su etapa estudiantil, Tuvilla fundó en su ciudad nata la revista "Esfera tres" y formó parte del Grupo de teatro "Abentofail". Nos manifiesta que tiene mucha obra inédita, sobre todo libros de poesía ("Mis crepúsculos perdidos", "Pescador de eternidades", etc) y algunos cuentos.

¡AMOR! GRITÓ FELIPE

José TUVILLA

Desde allí, desde el alto ribazo donde estaba la cueva de Felipe, el barrio oscurecido por la tarde y por la lluvia, apagado de sus voces resignadas y míseras, se extendía como un inmenso campo de almendros calcinados por el odio, cho-reantes de cielo y de sudor, como un espantoso cementerio de vértebras y glándulas.

Las cuevas estaban habitadas por hombres sin esperanza y sin Dios, por rostros consumidos por el dolor y el hastío. Eran cuerpos sin amanecer, sin voz, como si la gargantas se hubieran abotonado con el alcohol de la última víspera. Desde allí, desde las mismas órbitas, profundas y sangrantes, de Felipe, el barrio de las Cuevas era una extensión de chimeneas y antenas de televisión, flotantes en una capa espesa e invisible que subía hacia las nubes cargada de tedio y desesperanza. Un voluminoso e irreparable montón de arterias sin amor. Una gran cabila donde la orfandad y la pobreza se conjuntaban, donde la angustia y el cansancio de los cuerpos, quebrados y vencidos, se refundían en una masa volcánica y telúrica de miembros deformados -tan sólo en el espíritu- en una inhumana purificación social, en una estéril y desinfectada reserva de gentes.

Felipe se había quedado aquella tarde ensimismado, triste, como si una fuerte e inesperada sacudida le removiera las entrañas y sintiera, desde su epicentro, su profundo y desolado interior, nacer, brotar, germinar aquel seísmo indestructible que le hacía temblar desde sus más ocultas raíces y asistir a una muerte lenta, epiléptica, que le convertía en el árbol más vencible y débil. Marta, su madre, la vieja Marta que dormía con las gallinas, lloraba sin lágrimas y desde muy joven se lanzó a la calle con la cesta de mimbre con que pedir limosna, se ponía amargamente gata cuando veía a su hijo agarrotarse a las patas de la silla con los ojos vueltos para adentro como calcetines. Entonces, los niños con los pies descalzos y las caras sucias y roñosas, gritaban desde los cerros próximos y ocultos en las cónicas y blanqueadas chimeneas:

—Loco, loco...

Aquella tarde el viento sopló desde el Norte. Venía frío arrastrando espesas nubes de color gris. Felipe, sabía, aun antes del rosario de las siete, que la tormenta ya estaba formada en los cerros de Escalera y que muy pronto otras nubes se levantarían cargadas de azufre.

El cielo se puso negro, completamente negro, como si hubiera dejado de existir. En lotanza, se oían las campanas de la ciudad con su metal recién estrenado y con su sonido opaco, ensordecido por un muro gris y espeso de lluvia. Felipe, cuando llovía, gustaba de quedarse apoyado en el umbral, con la puerta medio cerrada. Entonces, Marta le llamaba varias veces desde el último rincón de la cueva con su voz cansada. Felipe no respondía. Esperaba sentado en su eterna silla de anea, rota y a punto de derrumbarse, el último ataque, el que siempre se creía el último.

Pero hoy era distinto, había estado lloviendo toda la mañana. Y pese a las doce chinitas que Marta dejó llevarse el viento, no terminó de llover. Felipe no sentía la tierra embarrizada moverse, como siempre, como cada día, en sus entrañas. Se quedó tumbado en el catre mirando para el techo. Con los ojos bien abiertos y la boca sin cerrar, como un muerto. Quería morirse de una vez por todas, harto de ser el dolor e insomnio de su decrepita madre, harto de la caridad de las señoritas pudientes de la ciudad y del apostólico consejo diario del señor cura de la Ermita. "Yo no soy un enfermo", se dijo mirándose en un trozo de espejo manchado, con excrementos de gallináceas. Quería morir como mueren todos los hombres. Morir con la boca y los ojos abiertos, pero sin esa vibración de médulas. Sin ese maremoto de hemoglobina que le hacía volver los ojos hacia adentro.

Felipe sabía bien que el hombre no encuentra verdadera respuesta en las cosas que le rodean, sino en las cosas que se agarran fuertemente a la memoria y a las heridas. Comprendió, entonces, mirando desde el pequeño ventanuco junto a la puerta, cual era su mal. Qué era lo que se le había clavado en el cerebro y no podía arrancarse. ¡Eran tantas cosas!. Trató de huir en el recuerdo; sin embargo, un grito le brotó desde las entrañas y las visceras, un grito fetal, inconsciente, indeleble. Un grito no vomitado por la miseria y la soledad íntima. Un relámpago cruzó toda la covachuela. Felipe sintió miedo, un miedo glacial, un miedo indefinido. Miró al techo buscando nada, tal vez silencio. Afuera se oían los gritos de una vecina llamando a su hijo. Marta trémula dejó de rezar. Las gallinas saltaron sobre el catre y las sillas. Y Felipe sintió aún más miedo y se quedó, en la obscuridad, como una momia apoyada en un rincón, como un muerto encerrado en su nicho, dueño del tiempo, entregado a la intranscendental tarea de escuchar la lluvia a través de los siglos sin que el dolor limitara sus actos, como si nunca hubiera sido hijo del barro. Y volvió a escuchar el canto de las niñas encerradas en sus casas. Un canto melodioso, de timbres metálicos y azules, porque las niñas cantaban al amor que estaba en sus sueños infantiles. Amor, que vocablo más extraño. Quién ha visto el amor. ¿Nadie?. ¿Es una mariposa aterciopelada y fugitiva?. ¿Es una rima escapada de un beso dolorido?. ¿Qué era el amor? se preguntaba Felipe con los ojos enteramente abiertos para la eternidad y la boca sin cerrar aguardando la última erupción, la definitiva. Felipe se hizo niño e inquirió a Marta, más joven y menos cansada: ¿Qué es amor, mamá?. Y Marta, la existencial Marta con la cesta de mimbre con que pedir limosna, no supo la respuesta. "El coco. Déjame niño, será el coco. Yo que sé." Y Felipe reclamó con lágrimas, miles y miles de lágrimas - aquella extraña esencia, aquel objeto mágico, aquella... Pero no le dieron lo que pedía. Era como querer una estrella. O meter el sol en un charco. Cuando tuvo trece años y sintió, por primera vez, brotar, nacer, germinar aquel seísmo indestructible que le hacía temblar desde sus más ocultas raíces, subía al más alto ribazo o descendía a la más inhóspita garganta de los cerros para gritar con una voz secular y arrugada, con una voz sangrante y dulce: "Amor. ¿Dónde estás?. Amor... amor..." Fue entonces cuando se llenó de soledad; no había encontrado lo que buscaba. Y ahora, viendo a su madre empapada de lluvia desde su rincón de momia, con la boca y los ojos abiertos, gritó, apagada la voz por la tormenta: Amor ¿Dónde estás?. Amor... amor...

José TUVILLA